



ANTONIO DOMÍNGUEZ HIDALGO

ROBERTO NO SABÍA LA VERDAD...

Roberto no sabía la verdad. Ni siquiera la sospechaba. Tanto tiempo había pasado lejos de su familia que ignoraba la realidad lacerante e incommovible, como siempre, como es. Aún creía que la vida en su hogar era la misma de otras épocas, aquella cuando él era niño.

Ahora, después de permanecer más de diez años en Europa, conociendo mundo y educándose como rico heredero en las mejores universidades, retornaba al seno familiar. Cuando llegó al aeropuerto, la ciudad, renovada para sus recuerdos, le pareció otra. Ya no era la misma que él había conocido de pequeño. La urbe apacible y tranquila se había transformado. La evolución, con su maquinístico desenfreno, la había convertido en un desquiciamiento urbano con sus mercaderías callejeras y sus embudos de tránsito; con su mugre a cada esquina y sus contrastes de aparente rica. Hasta la arbolada Polanco, donde había nacido, se encontraba inundada de mercachifles.

Después de haber bajado las escalerillas del jet, siguió, mejor dicho se dejó llevar por la muchedumbre de pasajeros que junto con él había arribado también. Estaba sorprendido del cambio. Y, sin darse cuenta, se vio dentro de una amplia sala. “Aduana”, decía. Se sentía ligeramente nervioso por el retorno y lo que comenzaba a preocuparle era no haber visto a ninguno de sus parientes ni siquiera a alguno de sus conocidos o sus amigos de infancia con quienes se carteaba. (¿Por qué no habrán llegado? ¿No recibirían a tiempo mis telegramas? No me explico.) Meditabundo se encontraba cuando una voz lo sacudió de sus interrogaciones internas.

—Queda usted detenido...

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué he hecho? No entiendo. —Quiso defenderse mientras aquel individuo lo tomaba de un brazo y tres hombres más aparecían amenazantes con sus caras de bulldog. La gente que se encontraba realizando sus trámites para internarse definitivamente al país principió a mirarlo curiosamente.

—Señores... ¿De qué se me acusa? ¿Me confunden?

—Eso lo declarará en la comandancia...

—Pero... Yo... No es posible... Acabo de regresar de Europa... Cómo es que pueden acusarme de algo... si ni siquiera he estado en el país desde hace diez años... Esperen un momento a que venga algún familiar mío...

—Usted se llama Roberto Godínez. ¿O no?

—Sí...

—Entonces acompáñenos... Tenemos órdenes estrictas de no dejarlo libre.

—¿No me muevo de aquí hasta que me digan el motivo de esta aprehensión.

—Mejor obedezca, le conviene, no se meta en más líos...

—Pero cuáles... Tengo la conciencia tranquila... Nada malo he hecho...

—Ya lo explicará en la comisaría... y con las autoridades competentes.

Y los agentes lo sacaron por la fuerza del lugar...

* * * * *

(¿Por qué me habrá sucedido todo esto? No hay razón para que se me encarcele tan intempestivamente. Lo más extraño es que nadie de mis parientes ha venido a preguntar por mí... Ni mis padres... No puedo comprender...) Roberto discurría alarmado en los acontecimientos que se iban sucediendo. Aún no sabía la verdad. Ignoraba los hechos que habían transformado el seno de su familia. Ninguno de sus amigos, al escribirle, cuando él se encontraba en Europa, se había atrevido a decirle ni siquiera un punto de la realidad. Una voz, brotada de un amplificador de sonido incrustado en una de las paredes de la celda oscura en la cual se encontraba el detenido, interrumpió sus pensamientos.

—Roberto Godínez, escuche. —y el joven quedó atento —Está usted condenado a

morir en la cámara de gases... —el preso se incorporó de la enclenque silla en la que se encontraba sentado. Su lívido rostro era el reflejo de una angustia increíble. ¿Por qué iban a hacer con él aquello? ¿No tenían ningún motivo para castigarlo? ¿Qué extraña clase de justicia era aquella que así procedía? ¡No! ¡Por qué iba a morir! ¡Nada había hecho de malo! ¡Y sus familiares! ¿Dónde estaban? ¿Qué había pasado con ellos? ¿Por qué ninguno acudía en su defensa?

—Va usted a ser llevado a la cámara de gases...— la voz repitió con la fuerza de mando necesaria... Roberto gritó desesperado... Nunca había sido un cobarde, pero había llegado al borde de lo tolerable... ¿Qué razones había para castigarlo? Su comportamiento en Europa había sido de lo más digno que pudiera imaginarse. Los más elevados honores en el estudio, en la investigación científica y en el deporte le habían sido conferidos por las autoridades educativas de aquellos lugares... y sin embargo... ahora se enfrentaba a esa terrible situación... (Cámara de gases... cámara de gases... ¿Por qué? ¿Por qué?)

En sus razonamientos casi imposibles por la crisis nerviosa en la que había caído, se percataba que en el país a los acusados, aún por crimen, jamás se les condenaba a muerte y mucho menos con aquel medio de quitar la vida...

Roberto quedaba como mudo... cabizbajo... mientras su mente continuaba reflexionando enfurecida. Eso no podía ser real. Era una broma cruel. Acaso alguien tramaba algo en su contra... por alguna razón que él ignoraba... sin embargo... tan profunda era la impresión que le había causado el próximo acontecimiento de su ejecución que por más que quería, no lograba concatenar sus ideas como él hubiere deseado... Además el malpaso. Casi sin comer, apenas una migajas y algo de agua que alguien introducía por una rendija de la puerta. Lo trataban como a un animal contagiado.

De pronto... de todas las paredes de la celda comenzaron a brotar voces y más voces...

“Eres el culpable... Asesino... Serás ejecutado esta misma noche. No escaparás...”

Aquello fue un vértigo... Dar vueltas y más vueltas tratando de ver los lugares por donde emanaban aquellas amenazas... No pudo... Mareado, exhausto y sudoroso, angustiado y lleno de pánico, trémulo, cayó al piso... y rendido por el cansancio y la falta de alimento, quedó desmayado...

* * * * *

La tortura se había extendido quien sabe cuantos días, semanas o meses. Roberto sólo era ya una sombra del joven apuesto que regresaba victorioso de Europa. La noción del tiempo y del espacio se encontraba extraviada para él. Se le confundía la mente y sólo como una espantosa obsesión, escuchaba sin saber si eran reales o imaginarias aquellas voces que lo amenazaban sin llegar la sentencia. (Cámara de gases... cámara de gases... ¿Cámara de gases? ¡Ja! Si yo soy inocente... ¿O? Tal vez... nadie sabe... pero... ¿Cuándo

me van a matar...? Dijeron que hace... no sé cuanto... Creo que más de un mes...)
Sentado en un rincón del cuartucho sin luz que le servía de cárcel... demacrado...
Roberto aguardaba el momento de su muerte... y enarcando las cejas y sonriendo a lo
diabólico, frotándose las manos, murmuraba como absorbiendo al unísono las
incesantes palabras: (Cámara de gases... cámara de gases... cámara de gases... ¡Qué
mentira!... ¡Qué mentira!) Y se carcajeaba...
Un día se hartó de tanta espera y no quiso oír más... La presión afectiva le hizo explotar:
—¡Ni madres que me van a hacer daño a mí! ¡Jijos de la chingada! Dejen de
amenazarme y cumplan lo que dicen. ¡No mamen! ¿Creen que no he visto a Hitchcock?
– Y gritaba y golpeaba las paredes y se carcajeaba retorciéndose de rabia, de dolor y de
furia...

* * * * *

Roberto no sabía la verdad... Sus padres habían muerto misteriosamente y eran tantos
los bienes en acciones, en joyas y en propiedades que habían dejado sin los arreglos
testamentarios indispensables, que se había suscitado gran expectación entre los
familiares cercanos. El único heredero directo era Roberto, y la sórdida ambición
capitalista los había aliado con el fin de eliminarlo. La única manera... el crimen
perfecto... era la locura...
Ahora Roberto sabía la verdad, pero sus agresores habían entrado en la duda... Parecían
enloquecer en su ambición urgida...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo